

LAS CORRIENTES OCEÁNICAS

FÉLIX J. PALMA

JML
Libros y Literatura

Un jurado compuesto por Rosa Regás, Francisco Carrillo, Antonio Gómez Rufo, Fernando Marías y Vicente Romero concedió a *Las corrientes oceánicas* de Félix J. Palma el XV Premio Internacional de Novela Luis Berenguer, convocado por el Excmo. e Ilmo. Ayuntamiento de San Fernando y Fundación Unicaja.

Primera edición.

Las corrientes oceánicas.

© 2022, Félix J. Palma.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Laura Mas.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-947518-4-4

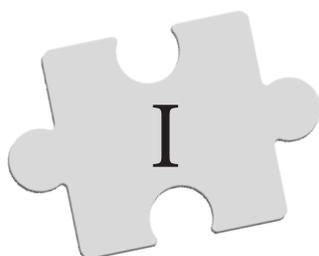
Depósito Legal: A 130- 2022.

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

“Tigre, tigre, de ardiente brillo en la jungla de la noche,
qué mano, qué ojo inmortal
pudo trazar tu aterradora simetría”.
William Blake

“—¿Crees en Dios?
—Creo en algo más poderoso aún”.
Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*

“Un hijo es la propia infancia, la pieza suelta del rompecabezas”.
Francisco Umbral, *Mortal y rosa*



De todos los animales que Dios espolvoreó en el mundo, fue una iguana la única que advirtió que mi hijo Sergio moriría antes que yo. Se hallaba en la esquina de un escaparate, atareada en su inmovilidad, estudiando las costumbres de nuestra tribu con sus ojos verduscos. Cada vez que pasábamos por delante de ella camino del colegio, mi hijo me tiraba de la manga, señalaba el terrario, y me suplicaba que se la comprara, aunque hacía mucho que mis insobornables negativas habían empezado a desteñir el sentido de aquel ritual. ¿Para qué quería ese animal inanimado, si podía verme a mí pasar las tardes tirado en el sofá, contemplando la realidad con el mismo desapego? Luego, cuando cumplió los siete años, dejó de pedírmelo, porque entre nosotros se extendió un silencio insalvable. Y una mañana cualquiera de principios de marzo, mi hijo murió. La iguana —no sabía si la original o una sustituta, pero para el caso daba lo mismo— continuó palpitando miserablemente en el escaparate, sin mostrar ninguna sorpresa ante su ausencia, como si, de tanto sostenerle la mirada, el reptil hubiese logrado descifrarle el destino. Así, mientras a los demás

se nos había pasado por alto, a aquel dragón de juguete no le resultó difícil descubrir que mi hijo había nacido con el porvenir trunco, que era uno de esos niños a los que a veces Dios se olvida de inventarles el futuro. Por el contrario, desde arriba dispusieron para él una muerte intempestiva y brusca, de una vistosidad a todas luces innecesaria, una muerte que de tan rebuscada más se antojaba el capricho de alguien. Mi hijo pudo haber sido cualquier cosa en la vida, pero casi no tuvo tiempo de ser, porque murió a los siete años, convirtiendo en un acertijo el propósito de su existencia, escribiendo en el aire su historia incompleta.

Ajeno a su condición de criatura fugaz e inaprensible, el día de su muerte se levantó más excitado de lo normal. Se bebió el vaso de leche de un solo trago, e incluso comenzó a vestirse sin la ayuda de Salomé, como si siempre hubiese sabido cómo hacerlo. Cuando entró en la cocina, con su pequeña mochila a la espalda y sus botas de alpinista nuevas, el sol de la mañana que se filtraba por los cristales lo iluminó como el cañón de un foco, otorgándole la textura traslúcida de las apariciones. Al verme allí, me saludó con un lacónico movimiento de cabeza. Reparé entonces en que apenas podía contener una mueca de impaciencia, y comencé a apurar mi café con deliberada lentitud, contemplándole por encima de la taza. Era mi oportunidad. Sergio me observó escandalizado, pero enseguida recompuso su expresión indiferente. Probablemente habría pasado la noche en vela, demasiado nervioso para poder conciliar el sueño, y ahora, apenas media hora antes de la salida del autobús que lo llevaría a la sierra junto al resto de su clase, aún debía hacer frente a la pereza de su padre, que dilataba hasta el ridículo aquella pantomima, tratando de propiciar un estallido. Pero mi hijo permaneció silencioso e impasible, fingiendo que perder el autobús no le supondría ninguna tragedia. ¿Cómo había que proceder para desenterrar alguna emoción de su interior,

algún indicio de esa alma aún por cartografiar que empezaba a cuajarle en el pecho? Acuné la taza entre mis manos, le sostuve la mirada, dejé que los minutos transcurrieran peligrosamente. Era la primera vez que empleaba un método semejante para tratar de mellar su imperturbabilidad. Y entonces ocurrió: mientras lo estudiaba en silencio, como el científico que observa un precipitado anhelando que se produzca la reacción adecuada, me sorprendió encontrar ante mí un bosquejo de hombre. Hacía tanto tiempo que no me detenía a mirar a mi hijo sin otro propósito que contemplarlo que ahora me asombraba descubrir que, pese a mi desinterés, Sergio continuaba atareado en su crecimiento. Aunque la tumultuosa riada de los días no me permitía percibirlo, mi hijo había empezado a perder las delicadas redondeces de la infancia, e incluso aquel aire de duende torpe que impregnaba sus movimientos. Se estaba redibujando escarpado y liviano. Parecía hecho de música, suspiros o alguna otra materia sin peso. Dos meses antes había cumplido siete años, y las cuatro o cinco momias que vivían en nuestro edificio, que son quienes realmente entienden de estas cosas porque han visto elevarse un surtido nada desdeñable de hijos, nietos y biznietos, insistían en que era muy alto para su edad. Había heredado el cabello negro y rizado de Salomé, y sus mismos ojos verdosos e insondables —ojos de hechicera, los llamaba yo en el instituto—, dotados del poder succionador de los remolinos. Observé también que los rasgos de su cara comenzaban a reorganizarse imperceptiblemente, con el disimulo de los corrimientos tectónicos, buscando la expresión que luciría de adulto, una expresión que se adivinaba dura, resuelta, mucho más cercana a la de Salomé que a la mía.

Dado que aquel duelo absurdo no parecía que fuese a dar ningún fruto, decidí ponerle fin antes de que se nos hiciese realmente tarde. Rematé el café de un trago, cogí la chaqueta que colgaba sobre el

respaldo de la silla, y le hice una seña con la cabeza. Como siempre, Salomé nos acompañó al ascensor, componiendo una suerte de cortejo fúnebre. Ante su puerta, le propinó a Sergio un sonoro beso en la mejilla que el niño aceptó con su habitual desgana. Luego, su madre y yo nos despedimos con una mueca forzada, evitando mirarnos a los ojos. Era un ritual que cada mañana realizábamos con mayor habilidad.

Mientras el ascensor descendía hacia el vestíbulo, haciendo rechinar sus engranajes con estruendo, como advirtiéndonos que no estaba lejos el día en que se desplomaría, empecé a arrepentirme de lo que iba a hacer. Tal vez nuestro matrimonio fuese insalvable y mi plan no hiciese sino confirmarlo. ¿Y si me limitaba a aceptar que ya era tarde para intentar nada, que hacía mucho que había expirado el plazo de las acciones salvadoras? Quizá debía dejar que nuestra relación terminara por hundirse de aquella manera tan silenciosa y civilizada con la que lo estaba haciendo. En realidad, a qué obedecía el esfuerzo que iba a realizar: ¿quería preservar nuestra historia de amor porque alguna vez había sido hermosa, o sencillamente me espantaba la idea de que Salomé acabara abandonándome el día menos pensado, obligándome a empezar de nuevo, a buscar quizás una sustituta cualquiera por temor a las inclemencias de la soledad y a mi torpeza con la plancha? Debía reconocer que, sin la incombustible fe de la adolescencia, buscar una suplente se me antojaba ahora una empresa tan ardua como engorrosa. A mis cuarenta años, yo ya no tenía espíritu para la aventura sentimental. Acostumbrarme a otra mujer y hacer que ella se acostumbrase a mí, aprender una nueva coreografía amatoria, crear un nuevo vocabulario de pareja, me resultaba a estas alturas demasiado fatigoso. Tras pensar aquello, yo, que nunca me había considerado antena de premoniciones, acaricié la cabeza de Sergio con la certeza de que nuestro hijo era lo único

que nos mantenía unidos, lo único que evitaba que se deshiciera el molesto enredo en que se había convertido nuestro matrimonio.

Fuera nos aguardaba una mañana fría, aunque soleada, techada con un cielo de un azul lustroso, cepillado de nubes. Pasaban unos minutos de las ocho, y marzo insistía en mortificarnos con el mismo frío punzante de los últimos meses. Mientras caminábamos hacia el coche, Sergio se subió la bufanda hasta la altura de los ojos, con el gesto torvo de quien se dispone a atracar una sucursal bancaria. Una vez dentro del vehículo, conecté la calefacción y conduje hasta el colegio pensando en lo iluso de mi plan, pero decidido a llevarlo a cabo con el espíritu autodestructivo de las polillas, más atraído por el desesperado romanticismo implícito en el gesto que por sus posibles resultados. De todas formas, aunque finalmente mi estratagema se revelara como un intento patético e intempestivo, al menos sería una manera de sacudir nuestra atrofia sentimental, de forzarnos a avanzar en alguna dirección, cualquiera que fuese.

Como cada mañana, Sergio y yo emprendimos el trayecto en silencio. Hacía tiempo que mi hijo únicamente se limitaba a hacerme partícipe de sus necesidades más básicas. En cuanto arranqué, sacó de la mochila su maquinita y comenzó a pulsar sus botones moviendo los pulgares frenéticamente. El aire se llenó entonces de una algarabía de ruiditos electrónicos que pretendían reproducir el estruendo de alguna batalla encarnizada. Cuando lo veía enfrascado en su cacharro, yo solía pensar que, merced a alguna extraña comunión, era Sergio quien acusaba el agotamiento del musculoso guerrero que se debatía en la pantalla del chisme, importunado por un escuadrón de monstruos feroces, y que aquel era el motivo de que se mostrase siempre apático, como extenuado. Pero una duda me mortificaba: ¿era su carácter introvertido una invención suya, o se trataba de alguna desgraciada consecuencia del ambiente que se respiraba en casa? ¿Habría notado Sergio el

déficit de besos, la carencia de gestos de afecto que acusaba la relación de sus padres? ¿No habíamos logrado embaucarle con el simulacro de pareja que cada día representábamos para él con más voluntad que destreza? Nadie, salvo un psicólogo, podría arrojar alguna luz sobre el caso, pero su comportamiento no resultaba lo suficientemente alarmante como para entregarlo a las manos de uno. Pese a su talante retraído, Sergio era un niño normal. En las nuevas hornadas abundaban, al parecer, ejemplares así. Niños de interior, lánguidos y desganados, sin raspaduras en las rodillas. Niños de pulgares rápidos y emociones lentas, capaces de hacerse con una catana y despachar a la parentela siguiendo los pasos de su héroe. Traté de buscar un tema de conversación que espantara aquel silencio denso que gravitaba sobre nosotros, y que tanto cuestionaba mi valía como padre, pero no encontré ninguno. En la mayoría de los casos, hablar con Sergio era un ejercicio frustrante que me hacía sentir como un pájaro tratando de construir su nido entre las ramas de un bonsái. Y después de todo, quizá fuese mejor así: ambos nos habíamos acostumbrado ya a aquella empalizada de silencio que desde hacía unos meses había empezado a interponerse entre nosotros. A estas alturas, era incluso posible que cualquier intento mío por franquearla me hiciese acreedor de una mirada recelosa. Me concentré pues en el tráfico, que discurría con la caliente lentitud de la lava, enojado tanto por mi escasez de recursos como por la indiferencia con que mi hijo había asumido nuestra falta de comunicación. Al parecer, le bastaba el trato con Salomé, quien, gracias a una incombustible paciencia y a una espontaneidad congénita de las que yo carecía, había conseguido abrir entre ellos un cauce de diálogo más o menos fluido. Tal vez por eso, molesto de que Sergio tan solo se animara a hablarme en situaciones extremas, yo había empezado inconscientemente a desentenderme de su educación,

delegando en Salomé muchas de mis responsabilidades. Era ella, por ejemplo, quien debía acudir casi una vez por semana al colegio para entrevistarse con su tutor, un individuo gordo y desastrado amante de los métodos innovadores, tan atento a sus ovejas que necesitaba contrastar con los progenitores cada gesto de sus vástagos. En ese instante, empantanado en otro de los incontables semáforos que jalonaban el camino hacia el colegio, me dije que debía esforzarme en solucionar nuestro problema de comunicación, que quizá aún no fuese demasiado tarde para que ambos pudiéramos confraternizar, sin sospechar que para mi hijo el tiempo corría hacia atrás, que, desde su nacimiento, en vez de sumar horas, Sergio las andaba restando.

Un autobús resplandeciente, como fabricado esa misma mañana, aguardaba a los estudiantes en el patio del colegio. Aparqué lo más lejos posible del tumulto de niños, padres y profesores que se congregaba junto al vehículo, y me despedí de Sergio exhortándole a disfrutar de la excursión. Lo contemplé cruzar a la carrera el campo de deportes en dirección al autobús, y decidí entonces regalarme un cigarrillo apoyado sobre el capó del coche, no tanto por aparentar a estas alturas ser un padre modelo esperando pacientemente la partida del vehículo, como para empeñar ese intervalo de humo en ordenar mis pensamientos antes de emprender la reconquista de Salomé. ¿Y si me olvidaba de todo?, me dije una vez más esa mañana. Pero ya era absurdo echarse atrás, entre otras cosas porque para algo había convencido a Salomé de que dejase ir a Sergio a aquella maldita excursión, pese a las pésimas notas que estaba sacando este curso. No habría movido un dedo en su defensa de no ser porque la excursión tendría lugar un viernes, día en que mi mujer libraba en la agencia, lo cual volvía mucho más valiosa la ausencia de Sergio. Tuve que reunir todo mi poder de convicción para dismantelar su política de castigo-recompensa,

considerándola más apropiada para un *yorkshire* que para un niño al que había que educar con métodos mucho más sutiles y civilizados, aunque ni yo mismo supiese decir cuáles. Mi única intención era aprovechar su momentánea salida de escena para pedirme también el día libre y desarmar a Salomé presentándome en casa con un ramo de flores; después, si su reacción era favorable, la invitaría a almorzar en algún restaurante íntimo y, tras el postre, le propondría un tranquilo paseo por la orilla del río, en cuya tierra tantos enamorados habían escarbado el surco vacilante de sus noviazgos. Durante la caminata podríamos charlar, averiguar qué nos pasaba, constatar si todavía nos queríamos, y volver a recoger al niño al desplomarse la tarde, rehechos o destruidos. Había estado trazando el plan durante días, escogiendo escrupulosamente cada escala de nuestro recorrido hasta dibujar una ruta propicia tanto para la conversación apacible como para los besos improvisados, y ahora no quería que todo ese esfuerzo se malgastase.

Alguien me arrancó de mis pensamientos saludándome desde lejos. Le devolví el saludo de modo mecánico, y observé con espanto al tutor de mi hijo, y profesor de matemáticas para más señas, correr hacia mí con un trotecillo ridículo. Fue como ver venir al borrico Platero. Aquel hombre era grande, esponjoso, y contaba con una cabeza asombrosamente redondeada, apenas cubierta por unas cuantas hilachas desordenadas de cabello rubio, que más parecía un sombrero de paja con el que hubiese jugado un perro.

—¿Es usted el padre de Sergio? —me preguntó al llegar a mi lado, arrebolado por la carrera y bufando como un buey.

Nos habían presentado en alguna remota función escolar, pero no habíamos intercambiado más que un par de frases de cortesía en el epicentro de un barullo de niños, por lo que me sorprendió que él me recordase. Asentí a su pregunta sin entusiasmo mientras

arrojaba bruscamente el cigarrillo casi entero al suelo y procedía a apagarlo con el pie, dejando claro que no disponía de tiempo para entablar ninguna conversación. Lo último que deseaba era que aquel tipo me endilgara algún pronóstico sobre el comportamiento psicópata que había empezado a detectar en Sergio porque se salía del contorno al colorear los dibujos.

—Me alegro de verlo —dijo, ofreciéndome la mano. Le tendí la mía sin disimular mi fastidio, y él procedió a agitarla aplicadamente, como si se tratase de uno de aquellos grifos antiguos que se usaban para extraer el agua—. ¿Me recuerda? Soy Fermín Zarzalejos, el tutor de Sergio.

Yo gruñí mi nombre. Tras devolverme la mano, que ya había dado por perdida, se apresuró a obsequiarme con una sonrisa tan amplia que se me antojó dada de sí, como esos libros que de tanto leerlos acaban abriéndose más de lo debido. ¿Era esa mueca viscosa la que Salomé estaba obligada a enfrentar una vez a la semana? Aproveché que no se decidía a hablar para estudiarlo con interés antropológico: tenía la complexión de un minotauro, y poseía un rostro ancho, pulposo, de una docilidad turbadora, como el que se les presupone a los pederastas. Pero lo más llamativo era su vestimenta: unos pantalones de pana azules, una bufanda descolorida, unos mocasines ilustrados con salpicaduras de distintos colores que delataban que aquel hombre se tomaba el café con el mismo descuido con que se masturbaba, y una gruesa rebeca verde que llevaba mal abotonada. Me pregunté si realmente se había equivocado al emparejar los botones o se trataba de un error deliberado, encaminado a redondear una imagen de profesor despistado que no intimidase al alumnado.

—Gracias por haberlo dejado ir —dijo al fin.

Me limité a encogerme de hombros, sin mostrar sorpresa alguna ante su comentario, evidentemente destinado, no sabía con cuánta

maledicencia, a informarme de que estaba al corriente de que había sido yo quien había vencido las reticencias de Salomé. Con apenas cinco palabras, me había dejado entrever que su relación con mi mujer gozaba de una inquietante profundidad. ¿Con aquel propósito se había acercado a saludarme, emprendiendo una arriesgada carrera de la que probablemente le quedarían secuelas? No lo sabía, pero de ser así, me resultaba triste que aquel tipo, al que Salomé había calificado como un solterón inofensivo, una criatura bondadosa necesitada de cariño, considerase la posibilidad de que yo le contemplase como un rival. Pese al benévolo rotulado de Salomé, para mí Zarzalejos era un infeliz modelo humanista, de esos que, una vez verificada su incompetencia para enamorar a nadie debido a la fatal combinación de un físico poco ortodoxo y una nula capacidad de seducción, en vez de continuar su cruzada hasta caer en el patetismo, deciden rendirse a lo evidente y asumen su condición con la mayor dignidad, intentando disimularla construyéndose una existencia sentimentalmente autosuficiente que les permita potenciar otras facetas, realizarse en otras parcelas, como en su caso el adiestramiento de niños. No me costaba imaginarlo observando al anochecer la ciudad desde su ventana, preguntándose por qué no había sido invitado a la fiesta de la vida, mientras esperaba la llegada de alguna puta de confianza que le aligerase la soledad de los testículos y lo cegara durante unas horas con espejismos de amor. Más de una vez Salomé me había comentado que Zarzalejos le recordaba a su padre, aunque debía referirse exclusivamente al físico, pues el viejo coronel también había poseído en vida una estatura de torreón. Afortunadamente, yo no había alcanzado a verlo en vertical; cuando Salomé y yo empezamos a salir, el coronel ya llevaba algunos años encajonado en una silla de ruedas, de la que no tardaron en transferirlo a una cama de hospital, donde entretuvo sus últimos días alborotando a

las enfermeras con su ocurrente lascivia, una imagen entre ridícula y penosa que se contradecía con el retrato que presidía el salón del hogar familiar, que lo mostraba heroico y feroz, encorsetado en una guerrera alicatada de galones.

Ante la indiferencia con que encajé su comentario, Zarzalejos comenzó a desglosarme de manera atropellada el programa del día en la sierra, los senderos y cañadas que los niños iban a recorrer —todos ellos con nombres de películas de terror, como el Paso del Cabrero o la Garganta del Lobo—, y las distintas aves que podrían espiar con sus prismáticos. Ponía especial énfasis en explicarme el programa pormenorizadamente, como si yo también fuese a disfrutar de todo aquello por llevar su misma sangre. Capeé el temporal asintiendo de vez en cuando, aunque apenas le presté atención salvo para asegurarme de que debía recoger a Sergio a las ocho de la tarde. Cuando concluyó, viendo que yo no mostraba la menor emoción ante lo que había relatado, me observó intensamente.

—Estoy seguro de que lo pasarán en grande —sentenció, con una solemnidad que se me antojó fuera de lugar.

—No me cabe duda —respondí fríamente.

Nos quedamos mirándonos un rato más en un incómodo silencio. Esperé a que Zarzalejos se despidiese de una vez, pero el tutor continuó plantado ante mí, como si arrastrara algún tipo de gripe virulenta y pretendiese contagiármela permaneciendo un tiempo prudencial en el mismo metro cuadrado que yo. Prolongó tanto aquella violenta situación que la afable mirada con que me observaba empezó a antojárseme provocadora, pero antes de que pudiese interpretar su escrutinio como algún tipo de velado desafío, me dedicó una mueca desilusionada y se despidió con un gesto vago de la mano. Regresó al autobús arrastrando los pies. Agité la cabeza, atónito ante la existencia de individuos como

aquel, incapaces de encajar la indiferencia ajena, y lamentando no haberme subido al coche cuando tuve oportunidad. ¿Por qué me caía mal aquel tipo? ¿Porque a Salomé le caía bien? ¿Así funcionaba mi mente? Lo observé ayudar a otro de los profesores a organizar a los alumnos hasta que ambos consiguieron que el rebaño subiese al autobús en una hilera ordenada, probablemente por orden alfabético. Junto al batallón de niños subieron también un par de profesores, una mujer de rostro huraño y un tipo enjuto con aire de aventurero de manual que llevaba colgados del cuello unos prismáticos tan aparatosos que bien podría haberlos usado la mafia como lastre a la hora de arrojar al río a sus traidores. Cuando el autobús cerró las puertas y despabiló sus motores, todos los padres y profesores que se habían quedado en tierra agitaron las manos histriónicamente, como si sus hijos marchasen al frente. Zarzalejos, sin embargo, observó la partida del vehículo con una mirada melancólica encastrada en los ojos, quizás disgustado por no poder acompañarlos en aquella excursión tan estupenda. Cuando el autobús pasó ante mí, me pareció distinguir la cabecita de Sergio a través de la ventanilla, y le dediqué un saludo indeciso que no sé si fue correspondido. Una densa polvareda enfoscó entonces el mundo, transformándolo durante unos segundos en un escenario fantasmagórico.

Antes de que el cortejo de padres llegase hasta mí, subí al coche y me di a la fuga. Puse rumbo hacia la floristería donde pensaba comprar el ramo de flores con el que sorprender a Salomé, que había escogido por la simple razón de hallarse a dos calles de nuestra casa. Aparqué enfrente de la tiendecita, y me dirigí hacia allí consultando el reloj. Sabía que Salomé tenía por costumbre inaugurar sus días libres con la relajante obertura de un baño de espuma antes de ponerse a adecentar un poco el piso o enfrascarse en la lectura de alguna novela de Agatha Christie, pero no por ello

podía descartar que saliese a realizar algún recado antes de que yo llegase a casa. Por suerte, la floristería estaba vacía. Me aventuré en aquel feudo de olores y estudié con expresión docta el surtido de flores que se apretaban en los canastos y las orquídeas atrapadas en envases transparentes que había repartidas por las baldas, pero finalmente opté por revelar mi ignorancia botánica y le pedí a la dependienta, una sexagenaria que parecía dormir cada noche sobre un lecho de naftalina, que me preparase un ramo de cualquier cosa excepto rosas, que descarté por antojárseme demasiado tópicas y explícitas. La dependienta me sugirió gladiolos, que resultaron ser unas plantas de tallo interminable, a lo largo del cual se disponían unas flores acampanadas y rojizas, como trozos de carne en una brocheta. Siguiendo mis instrucciones, me preparó un ramo discreto y manejable, algo que pudiese arrojar en cualquier papelera si finalmente decidía abortar mi plan. Los gladiolos se usaban en la Antigua Roma para premiar a los gladiadores que quedaban en pie sobre la arena del Coliseo, me reveló la mujer sonriéndome con complicidad al entregarme el ramo, como si hubiese deducido, probablemente de mi furiosa manera de retorcerme las manos durante la espera y de mis nerviosas vueltecitas por la tienda, que me dirigía a una decisiva batalla amorosa. Aquellos ánimos imprevistos me contagiaron un absurdo arrojo. Una vez en la calle, me dirigí hacia casa caminando a paso ligero, intentando no llamar demasiado la atención, pero no hubo manera de evitar las sonrisas de la mayoría de las personas con las que me cruzaba, pues si la gente parece dirigirse siempre hacia misteriosos e ignotos destinos, a aquellos que cargan con flores se les transparenta irremediablemente el próximo tramo de su existencia.

Una vez en el ascensor, descubrí horrorizado en el espejo a un hombre angustiado y pálido, que enarbolaba un ramo de flores con la gracia de un simio. Ensayé varias sonrisas, buscando en

mi raquíptico catálogo de expresiones faciales alguna apropiada para la escena que me disponía a protagonizar, y tras mucho ejercitar los labios, tropecé con una que se me antojó de una franqueza inequívoca, y que incluso parecía transmitir una oportuna inseguridad en mis propios planes. Moverla hacia la lástima era el último as que me quedaba en la manga.

Al salir del ascensor, las rodillas me temblaban de tal forma que tuve la sensación de que algún vecino había alfombrado el pasillo usando caparazones de tortugas o los cráneos de sus ancestros. Un sudor frío me enjuyaba la frente, sentía el corazón desbocado, y el universo parecía ondear ante mis ojos, como si Dios lo hubiese pintado en una sábana tendida. ¿Reconocía yo aquellos síntomas? Naturalmente, y el hecho de que un encuentro con Salomé desencadenara en mi interior aquel nerviosismo de colegial me llevó a constatar cuánto nos habíamos distanciado. Desde que salí de la floristería, había comenzado a rondarme la molesta sensación de que no me encaminaba a hablar con mi mujer, sino con una desconocida. Pese a haber convivido con ella tantos años, todavía era incapaz de prever sus reacciones. Salomé se me antojaba un libro que, a medida que profundizaba en su lectura, se iba volviendo cada vez más indescifrable. Ahora me descorazonaba no poder descartar siquiera la posibilidad de que aquel ramo intempestivo la irritase, abortando cualquier diálogo. Temía que eso sucediese, y que la complicidad que habíamos desarrollado durante nuestra relación, aquel código íntimo de miradas y bromas privadas, ya no tuviese validez para ella, o le resultase indigno que yo tratase de desempolvarlo a estas alturas. Temía, en fin, encontrarme a una Salomé inédita que, sin el alucinógeno del amor, incluso se sorprendiese de haberse casado conmigo.

Paradójicamente, los lances de la convivencia, el padecer juntos las inundaciones nocturnas de la lavadora, el recibir cada factura

como un guante en el rostro, o el despojarla del mandil para tomarla en calcetines, nos habían convertido en extraños. ¿Cómo era posible?, me pregunté, mientras avanzaba hacia mi destino envuelto por el aroma a victoria de los gladiolos. Me resultaba imposible concretar qué habíamos hecho o dejado de hacer para alcanzar tal extremo de desafecto, precisar el momento exacto en que la viga maestra de nuestra relación había emitido su primer crujido, tan premonitorio y sin embargo tan inaudible. Tal vez fuese algo que no pudiese percibirse por los sentidos y solo fuese visible mediante sus efectos, como la radioactividad. O quizá hubiese que escarbar en las arenas del tiempo para buscar las causas, remontarse a los orígenes, a aquella época lejana en la que Dios, con sus ágiles dedos de carterista, hurtó una costilla al hombre llamado Alberto Ballesta y con ella fabricó a la mujer llamada Salomé Sánchez, soltándolos en el mismo vergel tras aquel malabarismo óseo para que se reconocieran y multiplicaran. Pero nada de eso ocurrió hasta que el azar nos hizo coincidir casi treinta años después en la agencia de viajes donde Salomé trabajaba, tras haber dedicado el instituto a esquivarnos aplicadamente el uno al otro, como desde antiguo están obligados a hacer la muchacha que reina en la clase y el muchacho silencioso que, como las arañas, teje su soledad en los rincones. Aturdidos por el encuentro, y obligados por lo extraordinario de la situación, Salomé y yo decidimos celebrar aquella nueva colisión de nuestras vidas con una copa en una cafetería cercana, aunque simplemente fuese para agradecerle al albur su cortesía. Y allí, tras los cinco minutos consumidos en contrastar la información sobre el destino de los pocos compañeros de clase que logramos recordar, ambos nos encontramos mirándonos con absurda gravedad en un silencio un tanto embarazoso. Solo se nos ocurrió espantarlo desguazando nuestras existencias de manera atropellada, contentos de haber encontrado un tema de

conversación inagotable que nos permitiría terminarnos la copa despacio y huir sin perder la compostura de aquella emboscada que nos habíamos tendido tan irresponsablemente el uno al otro. Por turnos, practicamos a nuestras vidas una disección impúdica, sin molestarnos en embellecer los pasajes más miserables, como quien confiesa alegremente sus pecados a un enfermo terminal, sabiendo que con él se irán. Pero, a medida que progresaban aquellas autopsias, fuimos reparando en la semejanza existente entre nuestros currículos sentimentales, empedrados ambos de idilios fallidos y relaciones accidentadas. Aquella era la ruta hacia la pegajosa soledad en la que nos rebozábamos ahora la bella cingara y el campanero contrahecho, una travesía que a ella la había vuelto menos impulsiva y a mí más desesperado. Pero, qué habría ocurrido si nos hubiésemos limitado a recordar algunas anécdotas de clase y despedirnos cortésmente, volviendo a encomendar al azar la posibilidad de otro encuentro. Qué habría ocurrido si yo, animado por la intimidad de la penumbra y por la seguridad de que mi confesión ya no traería consecuencias, no me hubiese revelado al fin como el artífice de aquellas notas de amor que aparecían de pronto en su carpeta o anidando en los bolsillos de sus abrigos, como los huevos de un insecto de papel, y que ella leía con una sonrisa rebotante de ilusión, antes de propagar el incendio verde de su mirada por toda la clase, a la caza de aquel admirador secreto, sin detenerse nunca en la presencia espectral que habitaba las últimas bancas. Qué habría ocurrido si ante mi caduca confesión Salomé hubiese sonreído divertida, reduciéndola con un gesto de su mano a una travesura infantil, en vez de mirarme al fondo de los ojos con curiosidad, intentando comprobar la autenticidad de mis palabras persiguiendo en mis pupilas algún rastro de aquel antiguo deseo. Qué habría ocurrido si al despedirnos ella no hubiese desvelado mi mano con un papelito garabateado con un número de teléfono y

aquella tonta frase de postal romántica que decía: “Nunca es tarde para el amor”.

Pero Salomé se equivocaba. Para mí era ya demasiado tarde. Lo fui descubriendo poco a poco, cada vez que recorría su cuerpo en aquella deprimente habitación de hotel donde desembocaban nuestras primeras citas, y constataba sorprendido que no me invadía la emoción de quien ve cumplido un sueño, ni siquiera la satisfacción de quien conquista una fortaleza inexpugnable, porque no lograba reconocer en aquella Salomé destronada por la vida a la muchacha que yo había amado desde mi pupitre, consciente de que no estaba sino tallando con esmero una figurita que después arrojaría al fuego. Lo único que experimentaba tras poseerla, al contemplarla tronchada y complacida sobre las sábanas revueltas, era una amarga sensación de derrota: nos habían robado el pasado, la oportunidad de explorar de la mano el territorio vasto y desconocido del deseo, de ensayar juntos las primeras caricias, de desnudarnos el uno al otro como quien descifra un misterio. En nuestra manera de tomarnos resplandecía una sabiduría triste y mecánica, el inevitable legado de todos los cuerpos que habíamos amado durante la singladura, y aunque yo no sentía celos de aquellos hombres del pasado, relegados ahora a la categoría de sombras o alimañas, sí padecía un profundo abatimiento al comprobar que todos ellos, desde los muchachos que le habían rapiñado sus primeros besos en el instituto hasta los tres o cuatro tipos que le habían abollado el corazón, constituían escalas imprescindibles en su camino hacia mí. De alguna forma, eran sus frutos lo que yo recogía. Por mucho que ahora ella me dijese que me amaba, yo no podía librarme de la molesta sensación de que Salomé había llegado a mí sin la mediación de su voluntad, como un desperdicio arrastrado por la marea. El ejercicio de vivir nos había pervertido lo suficiente como para que no pudiésemos amarnos como debíamos haberlo

hecho. Ahora solo podíamos amarnos como dos criaturas heridas y estafadas, lo cual era algo que, naturalmente, únicamente a mí me torturaba, pues era el único que podía comparar mi manera atenta y maquinal de amarla con aquel amor infatigable, asumido como una enfermedad, que le había dedicado en la adolescencia, y que por mucho que me esforzaba no lograba regurgitar. Nunca supe si Salomé percibió mi paripé afectivo y le bastó con ello, o si creyó que a eso se reducía toda mi capacidad amorosa. Lo cierto es que yo jamás sentí el menor asomo de remordimiento: de algún modo, ya la había amado como jamás nadie podría amarla, aunque con un adelanto de más de quince años.

Sea como fuere, tras nuestra larga colección de fracasos sentimentales, no pudimos interpretar más que como una oportunidad de redención el hecho de tropezarnos con alguien con quien podíamos charlar agradablemente y hasta alcanzar un cierto grado de eficacia entre las sábanas, por lo que a los pocos meses nos descubrimos haciendo planes de boda. Para sorpresa de todos, nos casamos súbitamente, cuando apenas llevábamos un año de relación. Sin llegar a consultarnos nunca sobre por qué lo hacíamos, ambos comparecimos ante un altar emperejilado de nardos y realizamos el trapicheo de anillos con una sonrisa sosegada en los labios, una sonrisa que los asistentes creyeron motivada por la seguridad de haber encontrado al fin la mitad perdida de nuestra alma, cuando su verdadera causa era el haber logrado encerrar en la gota de ámbar del matrimonio aquel momento de milagroso entendimiento que atravesábamos antes que se desvaneciese, como la vida nos había enseñado que ocurría especialmente con las cosas que parecen ir a durar siempre. Al poco, con el fin de tener algo más en común que el pánico a la soledad, en la habitación de un hotel caribeño que jamás defraudaba a los clientes de Salomé, el más temerario de mi ejercito de cabezudos blancos profanó su óvulo hambriento.

Así conjuramos a Sergio, que nació con la misión de enfangarnos de amor. Pero eso supuso demasiada responsabilidad para aquel animalito sonrosado y tierno que heredó sus ojos y nada de mí, salvo quizás aquellos súbitos raptos de silencio, y poco pudo hacer para evitar el temporal de nieve que empezó a azotarnos.

Pero ¿qué provocaba aquellas ventiscas? Quizás fuese el tedio, la sedante rutina que siempre acaba desnaturalizando la vida. O tal vez el hecho de que ante nosotros se abriese un sendero extrañamente desbrozado de pruebas y obstáculos que fortalecieran aquel amor tan precario. Salomé y yo no teníamos que sacar adelante ninguna plantación de algodón, nuestro amor no había puesto dos reinos en pie de guerra, ella no enjabonaba cada noche mi cuerpo deslomado en un barreño de zinc ni yo le acercaba pañuelos bordados para que sembrase en ellos las rosas negras de la tuberculosis. Nuestras únicas luchas eran luchas cotidianas: los problemas del niño, un mal día en el trabajo, el hastío de nuestra mutua compañía, lances prosaicos donde no cabían heroicidades románticas. Pero debía reconocer que ninguno de esos males endémicos de las parejas habría provocado el menor daño si no fuese porque no tardaron en conjurar el silencio, aquel silencio vasto y frío que se acumulaba como nieve sobre el árbol de nuestro matrimonio, tronchando sus ramas en una tortura lenta. Un silencio ártico que, sin embargo, nos vimos obligados a desbaratar cuando Sergio empezó a preguntarnos sobre el mundo en que habitaba. Delante del niño nos comportábamos con normalidad, pero cuando él no estaba presente, existíamos por separado. Repartimos las habitaciones de la casa tácitamente, acotando cada uno nuestro propio lazareto, y cuando coincidíamos en las que no teníamos más remedio que compartir, como el salón o el dormitorio, nos comportábamos como extraños en una biblioteca, respetando el espacio del otro, pero evitando mirarlo fijamente, mientras sentíamos en las entra-

ñas aquel nuevo prototipo de soledad. Éramos dos líneas paralelas que únicamente se volvían secantes en la cama cuando, movidos por algún rescoldo de amor que todavía nos habitaba como una especie de energía residual, a veces sentía la araña de su mano corretearme por el cuerpo, o era yo quien me adosaba hambriento a su espalda. Pero por lo general nos limitábamos a permanecer cada uno en su territorio, inmóviles y vigilantes, oyendo respirar al otro a la espera del sueño, mientras la insignificante distancia que nos separaba cobraba dimensiones de zanja. Solo en Sergio nos encontrábamos, como si aquella figurita blanda constituyera una suerte de palomar para nuestros vuelos erráticos.

¿Qué intentaba salvar entonces con aquellas flores?, me pregunté mientras me detenía ante la puerta de nuestro piso: quizá lo único importante que había logrado arrancarle a la vida. Pulsé el timbre sin darme tiempo a reconsiderar nuevamente lo que iba a hacer, rehusando abrir con mi propia llave para no estropear la sorpresa. Al escuchar el goteo de sus pasos por el corredor, necesité de todo mi coraje para permanecer allí plantado, junto al desangelado ficus que montaba guardia en el descansillo. La oí detenerse ante la puerta, y estudiar mi figura borrosa a través de la mirilla. Sabía que el contraluz no le permitiría reconocerme, pero aun así estuve tentado de emboscarme tras los gladiolos, en un desesperado intento por hacer desaparecer a aquel hombre ridículo, condenado como la mayoría de los hombres a pasarse la vida tratando de corregir el pasado por su pereza a la hora de enfrentar el futuro. Pero el pasado es inmutable, leí en los ojos de Salomé cuando me abrió la puerta. Llevaba su albornoz amarillo, y el cabello, domado por el agua, se derramaba sobre las dunas de sus hombros en manojos de noche. El intrincado aroma que despedía su cuerpo me confirmó que, tal y como había supuesto, Salomé había estado macerándose en la bañera. No me costó imaginarla inmóvil entre riscos de espu-

ma, con dos rodajas de pepino sobre los párpados como monedas para Cerbero. Durante aquel dilatado baño de los viernes, la bañera se transformaba para ella en una suerte de despacho desde el que poder repasar los acontecimientos de la última semana y preparar los de la siguiente, o juzgar su vida desde fuera. A veces pensaba que si aún seguía conmigo era porque nunca había podido llegar a ninguna conclusión antes de que se enfriase el agua.

Tras sobreponerse a la sorpresa de encontrarme allí, sus ojos se posaron unos instantes sobre el ramo. Ah, el ramo. Mi imprevisto regalo le oscureció la mirada. ¿Recelo? ¿Contrariedad? Se limitó a apartarse de la puerta, permitiéndome la entrada. Sin saber qué hacer, recorrí confuso el pasillo, y esgrimí tres o cuatro pasos sonámbulos por el salón, como un actor que busca en el escenario la marca donde detenerse a declamar su parlamento. Me sorprendió la furiosa claridad que anegaba la habitación. El sol invadía el salón con una autoridad insólita que nada tenía que ver con aquella luz mustia, como de capilla o acuario, que rebozaba mis tardes frente al televisor. Hay tantos mundos dentro del mundo, pensé, apenado de que, para verlos todos, un individuo tuviese que pedirse el día libre en el trabajo, fingirse enfermo o hacerse mendigo. Paseé una mirada despaciosa a mi alrededor, buscando serenarme antes de enfrentarme a Salomé. Abierta bocabajo sobre el brazo del sofá, una novela de Agatha Christie componía un tejadito oriental de dos aguas. En la mesita de cristal, una taza de café casi llena exhalaba un tirabuzón de humo; junto a ella había una cucharilla, vencida sobre el platito, y un envoltorio de azucarillo arrugado. Me sentí absurdamente sucio al contemplar aquellos objetos que, dispuestos sobre la mesita, delataban sus últimos movimientos. Con extrema fascinación, observé los tristes esfuerzos del azucarillo por desperezarse. Al fin me giré hacia Salomé, que esperaba junto a la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos del albornoz, y

logré tenderle las flores sin que me temblara el pulso. Mi mujer no hizo el menor intento de cogerlas. Permanecimos entonces el uno frente al otro en silencio. Salomé me dedicaba una mirada flamígera. Comprendí que tenía que decir algo, pero qué, cuáles eran esas palabras. ¿Valdrían algunas de las que había estado sopesando los últimos días? Me disponía a probar suerte cuando sonó el teléfono. Ambos dirigimos nuestra vista instintivamente hacia la mesita donde se encontraba el aparato. Durante unos segundos, la mirada de Salomé osciló indecisa entre el teléfono y mi persona, hasta que finalmente se dirigió a descolgarlo. Se esforzó en caminar sin prisas, quise creer que por respeto hacia mí. Yo aproveché para repasar mentalmente nuestra agenda, buscando algún amigo experimentado en el don de la oportunidad. Pero a aquella hora solo podía tratarse de su madre o de su hermana Sonia, con las que mi mujer acostumbraba a hilvanar unas charlas prolijas y caóticas que a veces yo me veía obligado a soportar parapetado tras el periódico, conteniendo la desesperación ante aquella forma arbitraria de saltar de un tema a otro, lo que las obligaba a relatar varias veces una misma anécdota, produciendo rozaduras en el aire. Solo esperaba que, dadas las circunstancias, Salomé tuviese la deferencia de despacharlas con un par de frases para que ambos pudiésemos volver a concentrarnos en el significado de los gladiolos.

Permanecí en mi ganada posición, acunando el ramo, mientras la observaba descolgar el teléfono. “¿Diga?”, preguntó en tono neutro. Del teléfono brotó una voz de inequívoco timbre masculino que sorprendió a mi mujer con otra pregunta. “Sí, yo soy su madre”, respondió, cautelosa. La voz hizo entonces una pausa de efecto, antes de comenzar a desliarse en su oído con lo que me pareció un sigilo inquietante. Desde mi esquina observé alarmado cómo, a medida que su interlocutor hablaba, la expresión de Salomé comenzaba a crisparse como un cristal que hubiese recibido una

pedrada. “Dios mío”, dijo de pronto con voz estrangulada. “Dios mío”, repitió como un eco de sí misma. Lejos, en alguna parte, el desconocido continuó hablando, amontonando palabras con precaución, dueño ya de las facciones de mi mujer. “¿Cómo está mi hijo?”, lo interrumpió ella con brusquedad. La pregunta me heló la sangre. El desconocido inició otra lentísima parrafada, como si estuviese recordando un texto de Shakespeare recitado en alguna remota función escolar. ¿Aquel mierda daba rodeos, se iba por las ramas? Mi mujer asentía trágicamente a sus palabras. Cuando la voz dijo todo lo que tenía que decir, se apresuró a despedirse y se desvaneció, restituyendo el pitido de la línea. Salomé permaneció unos segundos absorta, con el aparato todavía contra el oído, hasta que al fin colgó y trató de enfocarme con sus ojos acuosos. Me preparé para enfrentarme a una de esas frases que nadie quiere escuchar ni decir nunca, hechas de palabras inofensivas que al unirse son capaces de demoler el pequeño universo que hemos construido dentro de ese otro universo mayor cuyos límites nadie conoce todavía.

—El autobús del colegio ha sufrido un accidente —reveló Salomé, con la voz lenta y gutural de un oráculo—. Se ha despeñado por un precipicio. No saben si Sergio está bien. Los bomberos acaban de llegar. Solo me han dicho dónde ha ocurrido.

¿Y ya estaba, así de fácil? ¿De esa manera tan normal, tan anodina, como una filtración de agua, irrumpen las desgracias en nuestra vida? Abrí la boca, pero no me salieron palabras. Bajo mis zapatos, el suelo se deshacía. Permanecimos el uno frente al otro, sin decidirnos a franquear la distancia que nos separaba en busca de un abrazo, mientras oíamos el borboteo necio y apasionado de la vida trepar hasta nuestro piso.

—El autobús ha sufrido un accidente —repitió mi mujer, lejana y brumosa al fondo del salón, como esperando que yo entendiese

lo que significaban aquellas palabras que a ella se le antojaban tan incomprensibles.

Pero yo me encontraba igual de aturdido. Los autobuses que tienen accidentes son siempre los de los otros niños, quise objetar, resistiéndome a aceptar que de pronto tuviésemos que cancelar nuestros planes para protagonizar una tragedia como las que salían en televisión. ¿Acaso debíamos creer a cualquier miembro de la Guardia Civil que nos llamase por teléfono diciéndonos que el autobús de nuestro hijo había caído por un barranco? Pero así era. Y debíamos aceptarlo lo antes posible, con deportividad. ¿No éramos un par de personas adultas que sabían perfectamente que en esta vida nadie está dispensado del sufrimiento?

—Vístete —ordené a Salomé con una voz que no me pareció mía—. Tengo el coche cerca.

Eso devolvió el movimiento a mi mujer, que se internó en nuestro dormitorio casi tropezando con los muebles. Al quedarme solo, miré el ramo de flores que tenía en las manos. No se me ocurría nada más inapropiado que poder sostener en aquel momento. Fue la urgencia de desembarazarme del ramo lo antes posible, de desbaratar aquella imagen tan irrespetuosa con las actuales circunstancias, lo que me hizo vencer la parálisis que me embargaba. Lo arrojé al sofá con vergüenza, y aproveché el impulso para acercarme al mueble bar y hurgar en su interior con las manos de un ciego. El autobús ha sufrido un accidente. Logré servirme un *whisky* sin derramar demasiado sobre la alfombra, y me lo bebí de un trago ávido. Pero ¿qué significaba aquello exactamente? Era una noticia un tanto incompleta. Si no conocíamos el final de Sergio no podíamos actuar en consecuencia. Tal vez nuestro hijo ya estaba muerto, pensé. Tal vez nuestro hijo ya era un cadáver aplastado bajo un amasijo de hierros. Tal vez deberíamos estar ya derramando lágrimas por él, asumiendo el dolor que nos correspondía, en vez de

continuar todavía indemnes, aferrados con desesperación a nuestra vida de siempre, intentando disfrutar unos minutos más de la inmunidad que nos otorgaba la posibilidad de que el hijo muerto aún estuviese vivo. Me acerqué a la ventana por donde entraba aquel sol bronco, mientras oía a Salomé vestirse en el dormitorio, y me irritó encontrarme el mismo espectáculo de siempre: coches circulando en aplicada caravana, gente pululando por las aceras, el quiosquero ordenando los periódicos, el camarero del bar de enfrente retirando los vasos de una mesa. Insobornable, el universo seguía su curso. Después de todo, no estaban cayendo bombas del cielo. Solo se había despeñado el autobús donde viajaba el hijo de los del quinto B. Respiré hondo, soltando el aire despacio, mientras me preguntaba si le había dicho adiós a Sergio al ver pasar el autobús o me habría despedido de otro niño.

Salomé surgió del dormitorio vestida con unos vaqueros y un jersey, indumentaria de emergencia que completó al paso con la trenca que colgaba del perchero de la entrada. Al salir al descansillo distinguimos, esperando el ascensor, a una de nuestras vecinas de planta, la anciana viuda agregada a nuestro edificio, que parecía apurar el tiempo que le quedaba por vivir deambulando por los pasillos del bloque, como ensayando para el purgatorio. Si ya me irritaba tropezarme con ella siempre que salía de casa, esta vez, dadas las circunstancias, su presencia allí me llevó a maldecir entre dientes al azar por haberla instigado a sacar a su mierda de chucho justo en aquel momento, ni un minuto antes ni un minuto después, como si nuestro sufrimiento no estuviese completo sin el accesorio de un testigo inoportuno. La vieja nos saludó cuando nos detuvimos a su lado, obligándonos a corresponderla con un cabeceo educado. Una vez en el interior de la cabina, mientras lamentaba no poder disponer de la intimidad necesaria para abrazar a Salomé, oí horrorizado cómo la anciana, veterana en el arte de dismantelar

incómodos silencios, le preguntaba a bocajarro por nuestro hijo. Noté tensarse a mi mujer, y por un momento temí que su angustia acabara por desbordarse, llevándola a revelar a la vieja, a modo de recompensa por su impenitente trashumancia con el perro, nuestra recién adquirida condición de juguetes de la fatalidad. Pero Salomé se limitó a informarla con brutal sequedad de que Sergio se encontraba bien. Su respuesta me estremeció, pero a pesar de ello celebré su decisión de salvaguardar nuestro dolor, al tiempo que echaba por tierra los últimos años de relaciones vecinales. El descenso de los cinco pisos restantes lo hicimos envueltos en un silencio agrio: la vieja exhibía una mueca indignada, Salomé miraba ausente los botones del ascensor, y yo trataba de contenerme para no pisarle la cabeza al caniche, que se entretenía en olisquearme los zapatos, como si le llamase la atención el olor de la desdicha.

Al fin, el ascensor llegó al vestíbulo y pudimos desembarazarnos de la presencia castradora de la vieja, pero de alguna manera fue como si hubiese subido al coche con nosotros, pues Salomé y yo continuamos envueltos en el mismo silencio desagradable. ¿Qué podíamos decirnos ahora, después de tantos años sin dirigirnos la palabra más que para algún asunto de índole doméstica? La espí de soslayo mientras porfiaba con el tráfico: estaba sentada muy tiesa, el emparrado de sus rizos comenzaba a reconstruirse lentamente, tenía los labios fuertemente apretados y los dedos de su mano izquierda se entretenían en hacer girar de manera convulsiva la alianza con la que, seis años atrás, yo le había estrangulado el anular derecho. Parecía dispuesta a respetar nuestro pacto de silencio, aunque un meteorito tamaño familiar se aproximase a la Tierra decidido a arramblar con la obra de Nuestro Señor. Yo, en cambio, no pensaba igual: la situación en que nos hallábamos inmersos me parecía lo suficientemente especial para permitirnos infringirlo, así que consideré la posibilidad de hablarle como si

nunca hubiésemos dejado de hacerlo: quería confesarle el miedo inabarcable que recorría mis venas, asegurarle que, si al llegar al lugar de la catástrofe encontrábamos a Sergio vivo, consagraría mi vida entera a hacerlos felices, pero también preguntarle si, en caso de encontrarlo muerto, creía que podríamos sobrevivir, si conocía a algún amigo que lo hubiese hecho, si sabía si tal cosa era posible, si resultaba práctica. También pensé en contarle que esa mañana, sin saber muy bien por qué, yo había observado detenidamente a nuestro hijo durante varios minutos, como movido por la oscura sospecha de que no volvería a verlo vivo, pero aprovechar las circunstancias para bendecirme con el don de la clarividencia se me antojó despreciable. Así que, finalmente, no dije nada. Me limité a comulgar del mismo silencio que Salomé, concentrándome en la conducción. La impaciencia por llegar al lugar del suceso hacía que el tráfico me resultara más amazotado de lo normal, como si los vehículos fueran dátiles de hierro apretados en un cartucho. Alcanzar la carretera que conducía a la sierra fue una empresa angustiosa. Cuando lo logré, conduje como un kamikaze por su trazado de serpentina, sorteando los coches como si creyera que el hecho de dirigirnos hacia un accidente nos excluía de protagonizar uno, otorgándonos una suerte de inmortalidad provisional, inmunizándonos contra la muerte.

Apenas recorrimos cuatro kilómetros de aquella carretera angosta y sinuosa que nos proponía a cada lado despeñaderos cada vez más hondos, cuando nos encontramos con el tráfico estancado. Nuestro coche vino a sumarse a una larga ristra de vehículos detenidos cuya causa no suponía ningún misterio para Salomé ni para mí. Ansiosos por desvelar de una vez la suerte de Sergio, lo abandonamos en la cuneta y corrimos lo más rápido que pudimos a lo largo de aquel tramo de coches apelotonados que parecía ejercer de zaguán de la desgracia. Pero la distancia hasta la baliza luminosa

que resplandecía en la lejanía pronto se nos reveló demasiado amplia. Salomé, que acudía cada tarde a un gimnasio próximo a casa, no tanto para mantener su figura como para descansar al menos por una hora del duelo de silencio que protagonizábamos en el salón, enfrentó la carrera sin problemas, pero yo, que no había vuelto a hacer ejercicio desde los tiempos inmemoriales del instituto, tuve que detenerme casi enseguida, jadeando con estrépito. Mientras trataba de sobreponerme a la punzada que me mortificaba el costado, contemplé a mi mujer, que respiraba pausadamente a mi lado, expulsando el aire con rigor de gimnasta profesional. Aguardaba a que yo recobrase el aliento con los ojos clavados en la inalcanzable baliza, y no pude menos que hacerle una seña para que siguiese sin mí. Salomé ni siquiera se detuvo a considerarlo. Asintió con la cabeza, como si fuese la mejor decisión que yo había tomado en años, y reanudó su adorable carrerita de potrilla, dejándome allí como un lastre, quién sabía si de toda su vida. Tuve que contener un acceso de llanto ante mi penoso estado: ¿por qué era necesario superar aquella prueba física para conocer el estado de Sergio? Apreté los dientes y proseguí con mi patética carrera, que fue seguida con una mezcla de curiosidad y piedad por los conductores que aguardaban aburridos en sus vehículos, alguno de los cuales se animó incluso a jalearme. Me hallaba al borde del derrumbe cuando alcancé la maldita baliza, ante la que se alzaba un farallón de curiosos que entretenían la espera especulando sobre la magnitud del desastre que los retenía. Logré identificarme entre bufidos agónicos. Bajo la grave mirada de la concurrencia, los agentes me franquearon la entrada a un terreno acotado donde reinaba una actividad frenética: enfermeros y agentes de policía corrían de un lado a otro vociferando órdenes entre un rebujo de ambulancias y vehículos de urgencias dispuestos de cualquier manera. A lo lejos logré distinguir a Salomé, que en aquel instante acababa de

detenerse ante una segunda baliza. Resistiendo la tentación de tumbarme sobre el asfalto, atravesé como pude aquel revuelo y conseguí llegar hasta mi mujer en el preciso momento en el que le franqueaban la barrera. Asiéndola por un brazo, logré entrar con ella sin necesidad de identificarme, para lo cual dudaba de contar con el aliento necesario. Si la anterior barrera luminosa circundaba la zona del desastre con sobrada holgura, aquella última señal parecía delimitar el lugar exacto de los hechos: una pronunciada curva de la carretera, cuyo quitamiedos había sido arrancado de cuajo. Mientras seguía a Salomé hasta allí, sentí cómo algo crujía bajo mi zapato. Aparté el pie con cautela, temiendo encontrarme cualquier cosa, y descubrí un fragmento del piloto de un coche. A mi derecha distinguí el vehículo al que probablemente pertenecía. Su estado era lamentable: tenía el morro destrozado y la carrocería abollada por diversos sitios, como si hubiese ejecutado varias vueltas de campana sobre el asfalto. Junto al vehículo, un par de enfermeros acomodaban en una camilla el bulto indefinido al que había quedado reducido su ocupante. En ese instante, como si supiese que yo lo observaba, uno de sus brazos se descolgó hacia el suelo con el gesto lánguido de un conde depravado, mostrándome la ausencia de una mano que debía andar extraviada por algún sitio. Había sido una suerte no haberla pisado, me dije, mientras observaba el trajín de los camilleros con la sensación de que había algo extraño en la falta de aquel miembro, pero sin poder explicarme qué era exactamente. No me resultó difícil adivinar, sin embargo, el protagonismo que aquel coche descalabrado habría tenido en el suceso. Volví a mirar el trocito de plástico anaranjado que mi zapato había terminado de desmigajar, comprendiendo que me encontraba en el vórtice mismo de la tragedia, metro más metro menos del lugar donde habría acontecido la brutal colisión. Casi me pareció percibir que el aire a mi alrededor se hallaba chamusca-

do y removido, y todavía atesoraba entre sus hilos el estruendo del impacto. Reparé entonces en el grupo de figuras que se arracimaba junto al quitamiedos quebrado, hacia el que caminaba ahora mi mujer. Corrí nuevamente tras ella, tropezando en el trayecto con varias personas arrodilladas o sentadas sobre el asfalto, algunas con la mirada extraviada y otras entregadas a un llanto ruidoso, perdida ya la compostura. Varios de ellos me resultaron vagamente familiares, por lo que deduje que serían los padres de algunos de los niños que viajaban junto a Sergio en el autobús siniestrado. Cuando Salomé y yo alcanzamos el borde del precipicio, pudimos ver en su fondo el vehículo escolar, o eso debíamos suponer que era aquella oruga descoyuntada y humeante entre cuyas vísceras hurgaba un destacamento de bomberos. Sobre los repechos del barranco se apreciaban restos de cristales y cascotes metálicos, como pistas dispuestas para que quien no hubiese estado allí pudiera reconstruir el aparatoso descenso del vehículo. Los cuerpos rescatados hasta el momento, alrededor de una docena, habían sido alineados sobre el asfalto a unos metros de allí, donde semejaban galletas horneadas en una bandeja. Salomé se llevó una mano a la boca al enfrentar aquellos bultos cubiertos con mantas, alguno de los cuales quizá fuese Sergio. Un agente nos invitó a seguirle para resolver esa duda.

Mientras caminamos tras él sin voluntad, observé cómo los ojos de Salomé se clavaban en un punto a mi izquierda. Seguí su mirada y descubrí, sentado con sus padres en el interior de una ambulancia, a Julio Hinojosa, un muchacho flaco y dentado al que mi hijo había otorgado el título de su mejor amigo. Un enfermero lo estaba sometiendo a un reconocimiento minucioso, pero bastaba con un vistazo rápido para comprobar que el niño no había sufrido un solo rasguño. Desde el interior de la ambulancia, Julio Hinojosa paseaba una mirada absorta sobre el caos que lo

rodeaba, hasta detenerla finalmente en los montoncitos ordenados sobre el asfalto que eran sus compañeros, los cuales estudió con cierta melancolía, como si estos le hubiesen excluido del juego de la muerte. Quizá su mente temprana no acertaba a comprender el porqué de su supervivencia, y lo más probable era que no lo hiciese nunca. Antes de apartar mi mirada del crío, pude ver a Zarzalejos materializándose a su lado. Con el rostro devastado, el maestrillo acarició con veneración la cabeza del niño superviviente, sin duda sobrepasado por aquella tragedia desmedida que reverberaría en incontables vidas, y que marcaría para siempre al colegio con el estigma de la fatalidad.

Cuando llegamos al lugar donde habían colocado los cadáveres, el agente que nos precedía comenzó a destapar los cuerpos uno por uno, como si quisiera ilustrarnos sobre la precariedad de la existencia con una clase práctica. Al igual que Salomé, yo también procuraba apartar la mirada nada más comprobábamos que no se trataba de nuestro hijo, pero no por ello pude evitar que una mueca de piedad y repulsión me cristalizara en los labios ante aquella macabra colección de niños muertos. Tuvimos que destapar siete cuerpos antes de dar con el rostro pálido y sereno de Sergio. Afortunadamente, su cabeza no se encontraba deformada por ningún golpe, como les ocurría a muchos de sus compañeros, lo que nos eximió de enfrentar una imagen que nos habría horadado por dentro. Ninguno de los dos nos atrevimos, no obstante, a retirar la manta que lo amortajaba para desvelar el cuerpo descoyuntado que se adivinaba bajo ella. Los labios de Sergio exhibían una sonrisa plácida, casi soñadora, y tenía los párpados flojamente caídos, como quien cierra los ojos en un tren para evitar sostener la mirada de su compañero de viaje. Aquella visión obligó a mi mujer a proferir un grito estremecedor, casi un aullido salvaje. Había comprendido de inmediato que nos encontrábamos arrodillados ante

nuestro hijo sin vida, algo de lo que yo no lograba concienciarme porque la quietud con que Sergio afrontaba la muerte parecía restarle credibilidad como cadáver. ¿No debía mostrar un rictus de agonía, como el resto de sus compañeros, o al menos una mueca de contrariedad ante su triste destino? Pero nuestro hijo, al que más de una vez había visto levantarse con las mejillas cicatrizadas por la cenefa de la almohada, no mostraba en su rostro marca alguna que indicara que acababa de despeñarse por un barranco. Sin lograr concretar ninguna emoción, me limité a observar cómo Salomé ejercía de portavoz de nuestro sufrimiento. Mi mujer abrazaba al niño, que se dejaba tomar con la misma languidez de animalito sedado que mostraba cuando lo rescatábamos dormido del sofá para transferirlo a la cama, y lanzaba roncros alaridos al cielo primaveral. Comparada con aquella desgarradora muestra de dolor, cualquier manifestación mía resultaría escasa, incluso poco convincente. Aun así, adelanté una mano hacia la manita de Sergio con el fin de integrarme en aquel abrazo torturado, de compartir la desolación de mi mujer como quien trata torpemente de ensartarse en la misma lanza que ha matado a su amada. Fue entonces, al rozar la piel de Sergio, cuando comprendí al fin que nuestro hijo había muerto: nada más tocarlo, un calambrazo de frío, irreal y penetrante, me hizo apartar la mano con espanto. Sergio había dejado de emitir ese calor interior, esa tibieza mamífera que los vivos nos trasmitimos unos a otros en cada abrazo o caricia, como una contraseña de vida. Ya no producía aquella temperatura orgánica, tan codiciada por los amantes, que evitaba que nos convirtiésemos en muñecos grotescos, en monstruosas falsificaciones de nosotros mismos. Sergio había sobrecogido mi piel con ese frío cuya alquimia solo conocen los muertos, un frío indeleble que quizá envolviera para siempre mis dedos en un guante de escarcha, haciendo que todo lo que tocase a partir de entonces estuviese aterido, como

si el mundo se encontrase sumido en un eterno amanecer. Sergio, mi hijo, aquel niño huraño y silencioso, ya no estaba vivo, había sido suprimido del mundo, cercenado de nuestras vidas, y no me pareció posible que Salomé y yo pudiésemos seguir viviendo tras aquella brutal extirpación. Entonces, como un alpinista que lleno de pánico escucha en la distancia el rumor familiar de una avalancha, oí la lenta y acechante llegada del dolor, y me dejé enterrar por él mansamente, agradecido de saberme válido para el sufrimiento. El hecho de comprender que Salomé acunaba en su regazo el cadáver de nuestro hijo, el despojo en el que Sergio se había transformado sin consultarnos, me hizo reconciliarme de nuevo con el mundo, como si desde la llamada telefónica hubiese estado bailando con el paso cambiado. Y fue una integración tan perfecta que el estómago se me erizó, obligándome a huir de allí, sorteando cadáveres de niños rotos, en busca de un sitio apartado donde poder vomitar tanto horror.

Tras embadurnar con mi desayuno la hierba salvaje de la cuneta, me senté en el asfalto y permanecí unos minutos allí, investido de una extraña serenidad, como quien acaba de ser exorcizado. Desde aquella posición retirada, observé el trágico *ballet* que se desarrollaba ante mí con una curiosidad científica: varias parejas aguardaban expectantes al borde del precipicio, algunas con las manos entrelazadas, transmitiéndose unas migajas de esperanza que acababa por desvanecerse cuando alguno de los bomberos que husmeaban entre el autobús desventrado ascendía, como un Orfeo regurgitado del infierno, con un nuevo cadáver en los brazos y lo mostraba a la multitud como disculpándose por su estado; el resto de los padres cuyos hijos yacían amortajados junto al nuestro, para los que el rescate ya no tenía el menor interés, vagaban por allí como espectros a la deriva, plagiándose las maldiciones, o permanecían arrodillados entre los cuerpos, hilando un llanto

minucioso. Cuando me encontré con fuerzas para sostenerme en pie, me incorporé e intenté buscar a Salomé en aquel tumulto, pero quedé enredado entre un grupo de individuos reunidos en torno a un agente de policía que se esforzaba en reconstruir el accidente, señalando determinados tramos de la curva y gesticulando en exceso, como un vendedor de crecepelo. Según deduje, había sido el coche que yo había visto el que había originado el accidente, irrumpiendo en el carril del autobús y embistiéndolo en un costado cuando este tomaba la curva. Ante la inesperada arremetida, el vehículo escolar perdió el control y se precipitó al vacío arramblando con el quitamiedos. Pero había algo peculiar: el conductor del vehículo intruso, que había fallecido en el acto, era manco. Y, al parecer, se encontraba en estado de embriaguez, según había podido deducirse en un primer reconocimiento, especialmente porque conducía sin la prótesis de su mano izquierda. Al enterarme de que al conductor le faltaba una mano, recordé la extrañeza que me había invadido al ver colgar de la camilla su brazo desmochado, terminado en un muñón romo pero impoluto. La ausencia de sangre, que tanto me había chocado, se debía entonces a que aquella pérdida no había sido causada por el accidente. Un manco borracho, musité para mis adentros, sorprendido por la pincelada exótica. Escuché entonces cómo algunos padres ametrallaban al agente con las preguntas más variopintas, pero aquello dejó de tener interés para mí: solo a los morbosos podían interesarles los detalles de un accidente del que lo único que verdaderamente importaba eran sus tristes consecuencias, con las que todos debíamos aprender a vivir lo mejor que pudiésemos, pero que en nada ayudarían a conocer las causas del desastre. Qué carajo importaba saber a qué hora había ocurrido, que era lo que acababa de preguntar el calvo que se hallaba a mi lado. Aquello equivalía a querer saber si en nuestro nicho de muerte daría o no el sol.

Me desentendí del grupo y reanudé la búsqueda de Salomé, que, según pude comprobar aguzando la vista, ya no se encontraba arrodillada ante el cadáver de Sergio. Al poco, decidí dejar de dar vueltas sin sentido, me detuve y paseé una mirada más atenta a mi alrededor. Entonces la reconocí como la mujer de la trenca que Zarzalejos arropaba en sus brazos. El tutor la abrazaba con una delicadeza infinita, como si temiese quebrarle la espina dorsal si apretaba demasiado, mientras ella acomodaba la cabeza en su mullido pecho, guarecida de la mezquindad del mundo en el sagrario que formaban sus brazos. Estuve un rato observándolos entre confuso y hechizado, como si aquel hermoso espectáculo de consolación fuese uno de esos fenómenos naturales que se producen una vez cada cien años. Y he de confesar que, mientras los miraba, aguardaba secretamente la llegada de un beso que los delatara como amantes, porque no podía concebir que un amigo pudiese ofrecerle a mi mujer un consuelo mayor que el de su propio marido. Pero el abrazo continuó asépticamente, sin cuajar en nada más profundo, hasta que Zarzalejos reparó en mi vigilancia y la liberó suavemente, sin que ella se percatase del motivo, al tiempo que me ofrecía una mueca de disculpa. ¿Qué pretendía decirme con aquella sonrisa? ¿Acaso quería darme a entender que esa era la única coartada mediante la cual un tipo como él podía abrazar a una mujer como ella? No lo sabía, pero de todas maneras le transmití mi absolución con un vago asentimiento de cabeza que pareció tranquilizarlo. Aquel tipo estaba enamorado de mi mujer, no me cabía duda. Pobre. Lo contemplé perderse entre la multitud, para seguir repartiendo su consuelo entre los necesitados, con una sonrisa de piedad. Tras su marcha, Salomé quedó como perdida en mitad del revuelo, y yo fui incapaz de hacer otra cosa que limitarme a observar su desvalimiento, sabiendo que mis abrazos hacía

mucho que habían perdido su poder curativo, si es que alguna vez lo habían tenido.

Fueron necesarias casi cuatro horas para que los bomberos rescataran todos los cuerpos enterrados bajo los escombros y certificásemos que Hinojosa había sido el único en obrar el milagro de la resurrección, incluidos los dos profesores y el chofer. Con un cuidado exquisito, como si manejaran cajas de vajillas, los enfermeros alojaron los cadáveres en varias ambulancias y, cada uno en nuestro coche, seguimos al cortejo hasta el tanatorio, irrumpiendo en la ciudad con mucha fanfarria de sirenas y luces, como el Gran Circo de la Muerte. Fue necesaria una planta completa para albergar tanta desdicha. A Salomé y a mí nos correspondió una sala diminuta al fondo de un pasillo interminable revestido de baldosas verdes. La habitación, forrada de azulejos del mismo verde mustio, probablemente recomendado por algún psicólogo sabiondillo debido a sus propiedades sedantes, contenía un juego de sillones gastados, varios ceniceros de pie con aire de trofeos de barrio, y un par de cuadros de paisajes brumosos animando las paredes, ese mobiliario elemental que uno siempre encuentra en los lugares donde su única ocupación es la espera. Tan solo la ausencia de un revistero con su correspondiente cargamento de papel cuché diferenciaba aquel cuarto de la salita de un dentista, pero era evidente que allí aquella distracción frívola se consideraba sacrílega: uno debía concentrarse únicamente en sufrir. En esa covacha que apestaba a desinfectante, fueron agolpándose a lo largo del día nuestros familiares y amigos, que habían interrumpido sus quehaceres para sepultarnos bajo un temporal de abrazos. Tuve que relatar los pormenores del accidente una y otra vez, como un trovador fúnebre, porque a nadie parecía bastarle con contemplar a Sergio adormilado en su pequeño ataúd tras el cristal de la cámara mortuoria.

En cierto momento, el riego de familiares compungidos se interrumpió, y yo pude abandonar aquel cuartito opresivo con la excusa de acercarme a la máquina de café que había en el pasillo. La galería se encontraba desierta, así que decidí beberme allí el repugnante brebaje que escupió el armatoste, disfrutando de aquella soledad repentina. Me encontraba agotado y como recogido en mí mismo. Tenía ganas, no sé, de descender en trineo por la ladera de una montaña, sintiendo el frío en la cara, o de desgañitarme en un karaoke hasta que amaneciera. Mientras apuraba el café, agradecí que todos hubiesen colocado ya a nuestros pies sus inservibles ofrendas de consuelo. Preservados del mundo en la placenta de nuestro dolor opaco e intransferible, Salomé y yo habíamos asistido a un interminable y confuso desfile de rostros, algunos de los cuales yo no veía desde la muerte de mis padres, cuando en una topera similar desovaron en mi oído aquellas mismas palabras vacías. La mayoría, curtidos en defunciones y agonías hospitalarias, me animaban a aceptar cuanto antes lo sucedido para minimizar un dolor que a la larga no conduciría a nada, mientras me apretaban la mano o me palmeaban suavemente el cuello, como si fuese un mastín. “Continúa viviendo como antes, Alberto”, me aconsejaban, “sigue con tus horarios y tus hábitos”. Solo les había faltado decirme que continuara poniendo tres cubiertos en la mesa.

A través de uno de los ventanales, comprobé incrédulo que había anochecido. Consulté mi reloj, en busca de una segunda opinión, y descubrí que la noche, tras haber puenteadado la tarde, hacía mucho que ahondaba en la madrugada. Permanecí un rato allí, disfrutando del majestuoso silencio que sumía el pasillo y observando la ordenada caravana de luciérnagas que componían los vehículos al recorrer la arteria más próxima al tanatorio, las moles oscuras de los edificios que se alzaban en la otra orilla de la avenida, y las siluetas fantasmales que cruzaban de vez en cuando las

ventanas iluminadas, que tanto podían pertenecer a sonámbulos, ladrones u opositores como a individuos de vejiga tonta.

Al regresar a la salita, cuyo aire se encontraba enrarecido por una hiriente mezcla de sudor y tabaco, encontré a Salomé dormida en el sofá. En un gesto de recato que le agradecí, mi mujer había corrido la cortinita del escaparate donde yacía Sergio, pues a aquellas horas ya nadie vendría a verlo y nosotros nos habíamos aprendido de memoria el lujurioso sosiego que la muerte imponía a sus facciones. Vacié los ceniceros en la papelera de la galería, cubrí a Salomé con mi abrigo, y yo también me acomodé como pude en uno de aquellos sillones, sintiendo de golpe todo el cansancio de la jornada. Atravesé el resto de la noche en un angustioso duermevela, cambiando una y otra vez de postura, y no sé cómo, los primeros fulgores del alba me sorprendieron en la cafetería del tanatorio, ocupada por un puñado de individuos afligidos con el mismo aspecto que yo de haber pasado la noche en un vagón de ganado. Desplegado ante mí, el periódico de la mañana desmentía mi creencia de que la muerte de mi hijo había sido una pesadilla: en su portada, una fotografía mostraba un autobús escolar incrustado en el fondo de un barranco. Habían muerto veintinueve niños, veintinueve. Pero solo uno dejaría un dormitorio vacío en nuestra casa.